

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Se describen el pueblo de Tlaxochimaco y su contorno

HAY divergencias entre los autores, y de ellos algunos muy graves, sostienen que el nombre de Tlaxochimaco es nuevo y quizás corrupción de algún otro olvidado ú obscurecido; pero á últimas fechas ha puesto las cosas como un cabello el sapientísimo, diligentísimo y cuidadosísimo historiador licenciado D. Bruno Galicia, probando con textos de monjes y con razonamientos tan delgados y sutiles que valdrían la pena de transcribirse aquí si no fuera por el maldito aquel de la brevedad, que Tlaxochimaco viene de la lengua mexicana, y que significa en la nuestra española tanto como la *florecencia*.

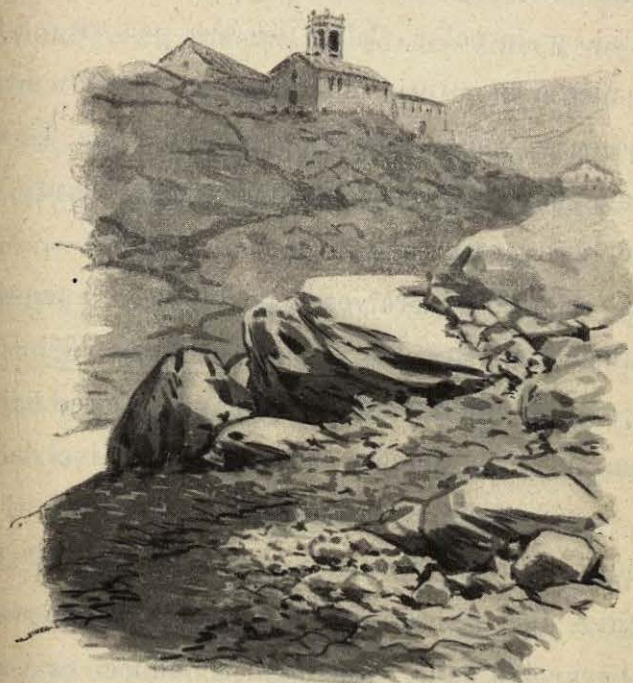
Que haya florecido en aquel lugar, difícil es decirlo, pues el paisaje, en muchas leguas á la redonda, es terroso y ceniciento como una enorme topera vista por el interior. Sólo interrumpen tanta tristeza y monotonía la hilera de olmos centenarios que como verdegueante y movable penacho se parece á distancia, y el río á cuya vera crece la arboleda, hilillo de agua que mísero, raquíptico y todo constituye la riqueza de la región.

Tlaxochimaco no tiene escudo de armas, ni ruinas visitadas, ni ha sido nunca capital de Estado, ni cabecera de provincia monástica, ni ha dado varones ilustres á las armas ó á las letras. Su fama única la forman el coraje y el valor de sus hijos, acreditados desde los tiempos de la colonia, y lo agrio y escarpado del terreno en que se asienta el pueblo.

Si hemos de creer á los cronistas franciscanos y jesuitas que de las cosas de la conquista se ocuparon, mi tierra fué siempre famosa por la recia y dura cerviz de sus moradores. El padre Fabriciano Domínguez, al tratar de los orígenes de los tzacatecos, dice que cuando se establecieron en el lugar que definitivamente fué suyo, tuvieron que transigir con los tlaxochimaquenses «que como gentes que eran indómitas y tozudas, les dieron mucho que hacer y les trajeron grandes daños.»

El padre López-Estrada S. J., cuenta muy por menudo el trance en que los de Tlaxochimaco perdieron á su ídolo

y patrono, «por haber muerto á manos de los nuestros más de tres mil indios entre hombres, mujeres, é mochos, pues es de saberse que entre estos bárbaros también las mujeres, á manera de nuevas amaçonas, pelean hasta



morir, y hacen pelear á sus hijuelos exhortándoles con cantos guerreros y voces en su lengua. Los otros gentiles que defendían los riscos y picachos quedaron como prisioneros nuestros y fueron llevados á tierra de Tezcuco, que como se sabe es plana y á propósito para producir toda suerte de granos; pero estos pecadores tenían tal amor á sus rocas y tanto ansiaban volver á ellas, que todos cuan-

tos no pudieron escaparse, murieron de mal de tristeza con nosotros, entre ellos su jefe, un indio cuyo nombre no se me acuerda y que era la más linda lengua que haya visto nunca.»

En cuanto á lo agrio del terreno, cuanto yo encareciera sería pálido y sin color. Callen los que ponderen á Zaca-tecas, moderen su entusiasmo los que se espantan de calles guanajuatenses y plazas de Veta Grande, que Tlaxochimaco lleva la ventaja y sobrepuja á todo cuanto se ha inventado é inventará en este ramo.

Quien va por primera vez al pueblo llega á pensar que el equilibrio, la gravedad y hasta el buen régimen del cerebro son mitos y habladurías. Cuando se cree bajar, se sube á un picacho á muchos metros sobre el nivel del mar; cuando se piensa subir, se baja á un cueva que ni la de Montesinos. Tiendas y casas muestran ventanas aéreas, balconillos que caen á una sima profunda, puertas que debían llevar á la calle y que donde conducen es á un paredón en que se aplastan las narices del ignorante en topografía tlaxochimaquense.

La iglesia principal es de buena fábrica de cal y canto, con cimborrio chato y torre pintarrajeada y llena de labores que la hacen parecer una funda de esas con que se resguardan en las casas de las familias arregladas, las telas de seda ú otras no tan finas.

Además del santuario, en que se venera á Nuestro

Padre Jesús, hay como diez iglesias más entre capillas, ermitas, oratorios y estaciones, puestos bajo el amparo de uno ó varios santos patronos, y encomendado su cuidado á uno ó varios capellanes que no deben llevar vida principesca á estas horas; pero que en los días en que les conocí gozaban de aquellas heredades florecientes y productivas.

La higiene brillaba, como el romano, por su ausencia. Parecía que tantas iglesias y tantos sacerdotes servían sólo para ayudar á bien morir á los pobres vecinos, pues un arroyo que pasaba por en medio del lugar y que conducía todos los detritos hacia el río, el río mismo, que sólo corría en ciertas épocas del año, y los montones de basura que interrumpían el tránsito en las calles, eran parte á mantener el fuego sagrado de las calenturas pútridas, las fiebres intermitentes y otros regalos así.

Que el riachuelo sólo tuviera agua en tiempo de lluvias, era origen de una rara costumbre: los baños se tomaban no más en esa época del año, y en las otras los cuerpos de los tlaxochimaquenses criaban más costras que el globo terráqueo. Las abluciones, conforme al protocolo aceptado, debían ser tres, en nombre del misterio de la beatísima y augustísima Trinidad, y previas grandes santiguadas.

En mi tiempo era Tlaxochimaco la población más quieta y reposada que pueda pensarse. Nadie salía, nadie

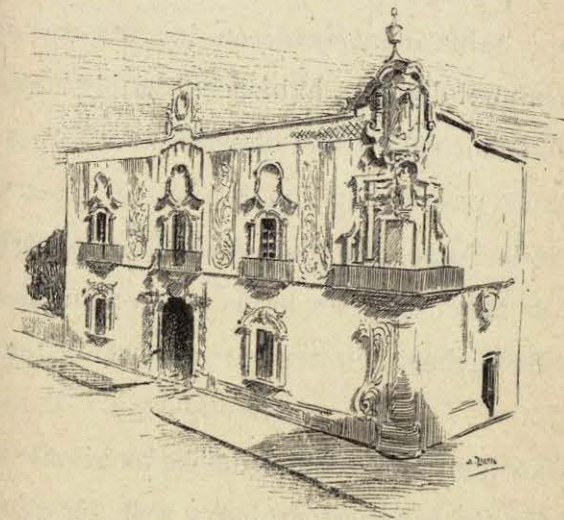
entraba, nadie se movía ni siquiera para ir al lugar fronterero. «Estátelo con tu nana y no te lo mal *impliés*», era el evangelio para aquellas gentes sencillas y candorosas.

Los aventureros que habían ido á las bonanzas de Guadalupe y Calvo, y California, se recordaban como si hubieran sido los propios argonautas; en cambio, los fue-reños que llegaban tenían que quedarse á vivir para siempre en Tlaxochimaco. Era vieja y común tradición que quien llegaba á beber agua del arroyo de la Zaragata, que queda á la entrada del lugar, ya adquiría título de ciudadanía y derecho de permanecer eternamente en la tierra.

Primero las guerras y luego la paz, cambiaron las cosas. Las guerras, que hicieron salir cogidos de leva ó huyendo de ella á muchos que de otro modo habrían envejecido y muerto en el terruño; la paz, que tendió líneas de ferrocarriles, facilitó el transporte, é hizo llegar el husmo de riquezas hasta los puntos más apartados.

Familias nobles ó que se las echaran de serlo, no faltaban en Tlaxochimaco. Amén de la de mi padrino Torres Lares, que tenía el din y el don y de que ya se ha hecho mérito en estas páginas, había la de los pobres mayorazgos de Lara, que apenas tenían lo estrictamente necesario para no caerse muertos de hambre, es decir, una casona con mucho escudo en la portalada, muchos pergaminos dentro de un arcón y mucha miseria en todas partes.

Seguían las niñas Celorios de Poblete, cuya ascendencia, al decir del cuadro pintarrajeado que tenían en el testero de su sala de recibir, se remontaba á don Fruela, hermano ó cosa así de don Pelayo, habiendo entre los del linaje nombres que se nos figuran ahora sacados de las



páginas del Romancero: Mendo, Ruy, Lope, Sol, Elvira, Mencía y otros así.

Pero no cabe duda que la famosa ola niveladora había pasado ya por mi pueblo. Si don Crescencio conservaba su carácter de cacique, era porque tenía con qué sustentarlo; pero en cambio de los otros nobles que no contaban con más caudal que sus pergaminos, nadie hacía caso ni consideraba sus pretensiones.

En cambio mi señora doña Sabina, cuyo padre había

sido por luengos años sacristán de la parroquia y conocido con el alias de «Pendoncillo», doña Sabina, digo, era mirada como el último extremo de la discreción, el primor y la elegancia, olvidándose que había acumulado su capital prestando al ocho con dos y desollando á los pobres. Unicamente podía alegar en su abono la habilidad que en otro tiempo había demostrado en los trances de Lucina, merced á la cual destreza había conseguido hacer venir al mundo á muchos robustos ciudadanos.

Otro tanto pasaba con don Francisco Pérez Cano, don Antonio de la Torre, don Manuel de Llona y otros muchos ricachos, de los cuales éste había sido en su tiempo albañil de media cuchara, el otro curtidor, vendedor de jarcía, ó cosa tal...

Entre los honrados vecinos de Tlaxochimaco prosperaban sólo dos ocupaciones: probar y sostener que su pueblo era el primero del mundo, y hablar del prójimo de manera de no dejarle cara en que persignarse.

Tras la interminable serie de aventuras que corrí desde mi salida de la Heroica, hoy perseguido, mañana oculto, el otro día tratado con mimo, pero siempre lleno de fe y de seguridad en que realizaba una empresa útil y patriótica al conducir lo que el señor Juárez había apellidado la *antorcha sagrada*, llegué en mi peregrinación hasta el sur de Jalisco y me presenté al señor Degollado. La herida que había sufrido en Santa Ana Acatlán se me enconaba

más cada día y los físicos aseguraban que un poco de tiempo, cualquier esfuerzo ligero y al hoyo.

Don Santos, que me estimaba, comprendió quizás que el vaticinio de los físicos no tardaría en cumplirse, y queriendo darme alguna tregua, ya que humanamente no podía soportar fatigas, me llamó un día al cuarto del mesón de Techaluta en que vivía.

Acababa de rezar su rosario y de sorber el canjilón de rico soconusco que constituía su regalo, cuando entré á saludarle.

— Mi general, buenos días. Supe que usted me mandaba llamar...

— Hombre, sí; me parece haber oído decir que usted era nativo de Tlaxochimaco.

— En efecto, mi general, allí nací y tengo familia.

— Me parece que usted no está muy católico; ese maldito balazo le ha puesto en calzas prietas, ¡qué diablo! Váyase á su tierra; permanezca unos pocos meses, cúrese y volverá con nosotros *peor que nuevo*.

— Mi general, estimo mucho el cuidado bondadoso que por mi salud se toma usted; pero creería faltar á mi deber si á la hora de esta, en medio de la guerra que asuela al país, fuera á retirarme á cuarteles de invierno. ¿Estoy destinado á morir de esta herida? Pues moriré, que al fin para eso nací; pero moriré al lado de mis compañeros y como bueno.

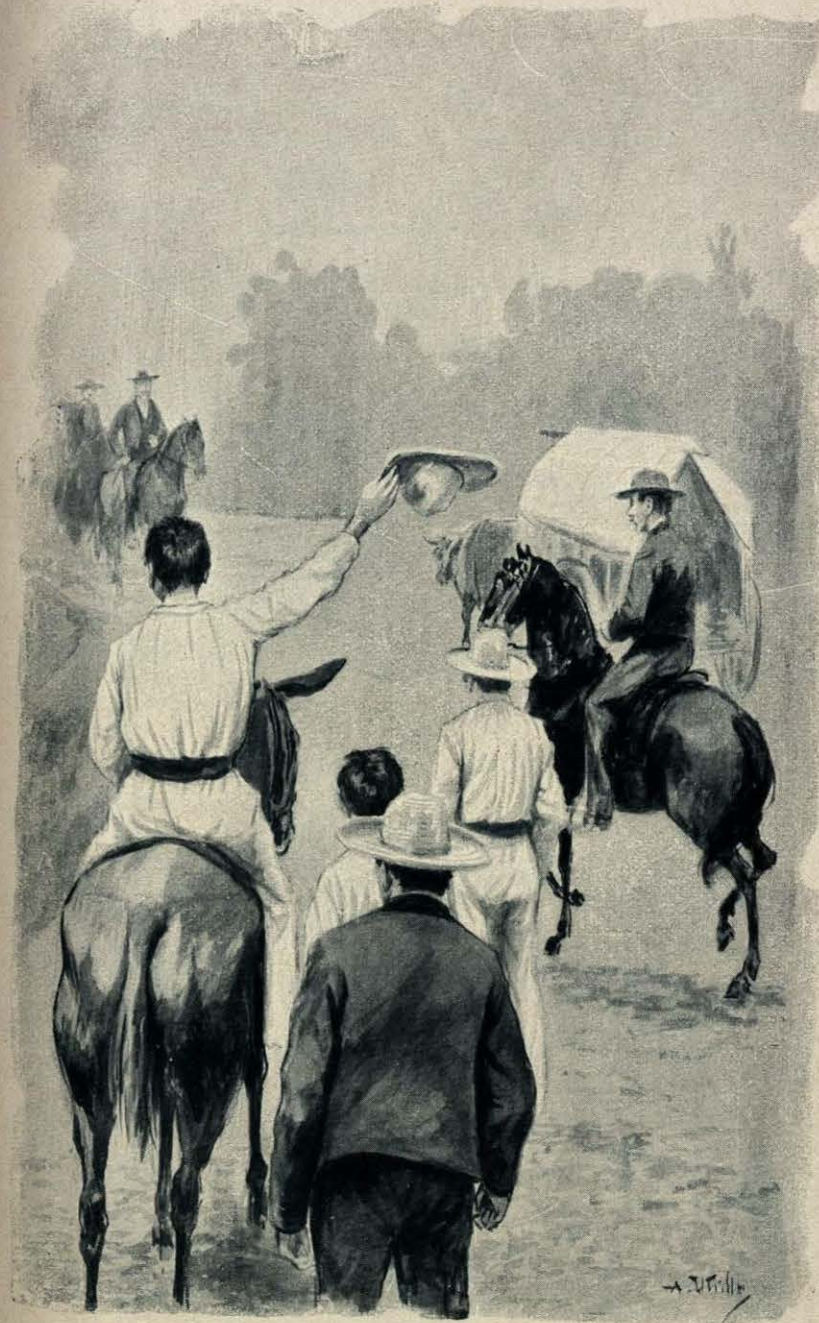
— No, dijo el jefe meneando la cabeza con energía, no me he explicado; usted puede hacer en un avío dos mandados: descansa, se cura, se repone, y al mismo tiempo está pendiente de los sucesos de todo el rumbo. Mucho me puede servir, y cuando esté listo, vuelve á sus banderas.

— Siendo así, no tengo escrúpulo ninguno.

Desde San Juan de los Lagos avisé mi llegada, y mis hermanas me enviaron avío hasta Villapobre; un grupo de amigos y admiradores (que también tenía admiradores) me recibió en la hacienda de la Tristeza, y desde allí fué engrosándose el convoy, de manera que cuando llegamos á Tlaxochimaco, metíamos más ruido que un ejército en plenas maniobras.

Las mujeres se asomaban á las ventanas, los muchachos suspendían sus juegos en las plazuelas, los hombres se detenían en medio de la calle, y todos decían: «Es Juanito Pérez, que viene al pueblo á ver á su familia.»

Por una costumbre fielmente observada, que obedecía en parte á la curiosidad y en parte á la sencillez, el pueblo todo ocurrió en masa á celebrar mi arribo. Era natural; todos los viejos eran ó se llamaban mis tíos, todos los manebos de mi edad eran ó se llamaban mis primos, y todos los que tenían menos años que yo eran ó se llamaban mis sobrinos. Los que no entraban en esas categorías se numeraban en las de amigos de mi padre, condiscípulos ó simples conocidos míos.



... el pueblo todo acudió en masa á celebrar mi arribo...

El presidente municipal lo era mi tío don Angel de Luque, hombre de una indigencia intelectual tan grande, que todo su saber en fórmulas sociales se reducía á «¿Cómo está usted? Bien, gracias.» Y luego seguía repantigado en la silla que primero encontraba, sin atreverse á soltar palabra y oyendo sólo con ademán de espanto las que decían los otros.

No era así don Pedro Ruiz Gómez, el comerciante más rico del pueblo. Cuentan fidedignos autores, que el don Pedro ejerció en sus mocedades un oficio que tiende á convertir á los cerdos en tenores, haciéndolos de paso incapaces de reproducirse en ejemplares de su especie.

Parece que después, merced á su matrimonio con la viuda de don Juan de Rosas, vieja más fea que el golpear á María Santísima y más rica que el galeón de Filipinas, salió de pobre el antiguo castrador de puercos, y que más tarde, por el agio y el contrabando, redondeó sus caudales y llegó á ser el más rico del lugar.

A don Pedro, en sus tiempos de pobreza, le estorbaba lo negro como si fuera espinas que le pincharan los ojos; después se aficionó á la lectura, y pescando aquí un trozo de sermón, allá un editorial de periódico y en la otra parte una frase de conversación fina, había acumulado, como él decía, un léxico verdaderamente rico y pintoresco.

En los primeros tiempos su ciencia se reducía á poca

cósa: reconozcamos sin apasionamiento, viva quien venza, no hay libertad sin orden, no involucremos las cuestiones, el mundo marcha y quien se oponga será aplastado, abajo caretas, y otras cosas así, constituían su caudal.

Después, mediante el galeotismo del *Diccionario de la Conversación*, y de la *Enciclopedia de Moreri*, el hombre se puso insoportable por su sabiduría. Ya empleaba lo del tonel de las Danaides, la vida es sueño, no se sabe si son galgos ó podencos, vamos á cuentas y no á cuentos, y algo más.

Cuando le volví á ver en 1856, estaba en la edad de *sans façon, comment ça va, velis nolis, quare causa, coram populo, in illo tempore y amicus Plato sed magis amica veritas*.

En los días de mi llegada se hallaba el hombre ocupado con los antiguos mexicanos—los nahoas, como les llamaba,—y todo era *calpixques, cuauhxicallis, tzompantlis* y no sé qué otros voquibles.

Se fueron retirando de la casa de mi hermana, la mujer de Naranjo, donde me habían alojado, todos los parientes y amigos, y sólo se quedó don Pedro.

—¿Sabe usted, me dijo, que se acaban de descubrir minas muy importantes, aquí como quien dice á nuestras puertas...? Pues sí, señor; parece que se trata de una fortaleza, de una verdadera fortaleza... ¿Y qué se sabe? ¿Es cierto que Degollado ha propuesto á Miramón una suspensión de hostilidades? Á mí me parecería muy conveniente, pues la verdad, no juzgo digno ni justo que se

prolongue hasta las *calendas griegas, sine dic* esta guerra intestina que destroza la parte más floreciente de nuestro rico país... Porque, hablemos claros; la cuestión de principios es aquí incidental, si se atiende al rápido y enorme menoscabo que sufre la pública riqueza... Aquí, más que de libertad ó de religión y fueros, necesitamos de colonos hábiles y honrados, de buenos artesanos y de muchas máquinas que hagan prosperar los elementos de esta patria tan digna de mejor suerte... Cuando la mensajera del progreso, coronada con su penacho de humo, corra por las paralelas de acero, seremos dichosos, muy dichosos... Yo me inclino á las doctrinas liberales, que vienen de la enseñanza del mártir del Gólgota, de ese hombre insigne que en la cima del monte de la Calavera selló con su sangre los ideales modernos. ¿Pero acaso es lo único la libertad? No, no hay que involucrar las cuestiones ni que salirse por la tangente; la línea recta es la más corta que puede trazarse de un punto á otro, y quien no la sigue caerá al abismo; mire usted á Comonfort, mire usted á Zuloaga; volví la vista y el malvado ya no era... *Digitus Dei est hic...*

Aquí llegaría de su perorata mi elocuente paisano, cuando empecé á sentir que me cerraba los ojos una fuerza invencible; planchas de plomo gravitaban sobre mis párpados y me impedían levantarlos... Al mismo tiempo un letargo poderoso, dulcísimo y acariciador me invadía todo el cuerpo.

Entre los limbos del sueño oí que el maldito organillo decía en tono oratorio: México tuvo reyes legisladores y reyes poetas... tuvo héroes como los de Homero... tuvo artistas... midió el tiempo mejor que los caldeos... levantó pirámides más grandiosas que las de Egipto... sus ciencias y sus artes se las envidian los europeos... es el país que ha producido más plata... sus minas... el barón de Humboldt...

No supe á qué hora se despediría ó si se marcharía sin despedirse el insoportable charlatán; ello es que yo amanecí en mi cama tranquilo y contento, pero teniendo aún en el oído el rumor del moscón que me había dado serenata.

Por supuesto que mis paisanos no se habían descuidado, y al maldito hablador le llamaban con un mote sacado del Padre Ripalda: «don de sabiduría».



CAPÍTULO II

Un cura jacobino

PARECE locura, pero nadie se lo pudo quitar de la cabeza; se empeñó y se empeñó, se le puso como sombrero, y allí tienes á la pobre muchacha metida en lo más agrio de la sierra de Cuauquichila. El rancho se llama la Silleta y es lo más feo, triste y desamparado que hay por ese rumbo.

— Pero don Crescencio, en sus haciendas, podría haber armado una brigada de mozos, y ni quien se le parare enfrente.

— ¿Sus, dices? Si ya no tiene más que Cruces; lo demás está empeñado, hipotecado ó no sé qué. Le debía á la Iglesia miles y quimiles; y prefirió acabar casi con todo por salvar el solar de su padre.

— ¿Y Trini?

— Que no te olvida, y que si tú no la dejas, se ha de